

# HISPANIA







J. LLIMONA.—ESTUDIO



# Los Tres Príncipes

## • Leyenda de la Edad media •

**P**

or aquellos tiempos — la época exacta no se ha podido nunca averiguar — se encontraba el Rey de Armenia en tan precaria situación, con motivo de guerras recientes, inundaciones, mala ad-

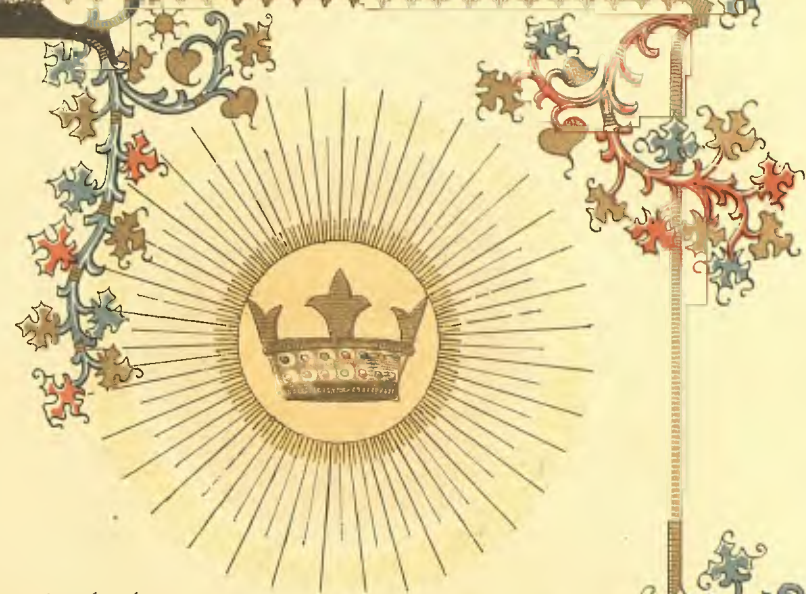
ministración de sus consejeros y otros estragos, que en sus cofres no quedaba ya ni una moneda de oro. Y como los pueblos andaban más pobres que el soberano, y era tanta su miseria que no se veía medio de hacer efectivo el menor impuesto, estaba el desdichado monarca, que se le podía ahogar de un cabello.

Después de reflexionar maduramente acerca de



su situación, llamó una mañana á su presencia á sus tres hijos, les expuso el estado del Reino y de la Hacienda, la necesidad de poner remedio á tan graves males y concluyó diciendo:

«Es preciso que cada uno de vosotros trabaje por su parte, para salvarse y salvarnos. Y puesto que en mi corte no hacéis nada de provecho, he pensado una cosa. Os ausentaréis mañana y no habréis de regresar hasta dentro de un año. El que regrese, llegado este plazo, con más riquezas, ganadas conforme



mejor le dicten su ingenio y su esfuerzo, ese será mi heredero y ceñirá la corona de Armenia. Id y que Dios os ayude.

Al día siguiente los tres prínci-



pes se ponían en camino, montados en briosos corceles y seguidos, cada cual, de un escudero. Pero al llegar á una encrucijada se separaron, deseándose mutuamente buena suerte y acariciando sus respectivos proyectos. El hermano mayor, que se



llamaba Jalino se fue hacia el Norte; el segundo llamado Alfiano tomó la dirección del Sur; el tercero, que tenía por nombre Lariso, torció hacia el Este.

Jalino era un mozo robusto, fuerte, de instintos brutales, muy aficionado á cosas de guerra, gran amigo de ir á mandobles y estocadas. Ocurriósele que lo mejor que podría hacer sería reunir una cohorte de aventureros y de rufianes prestos á todo, con los cuales se entraría por las regiones vecinas, haciendo una guerra de pillaje.

Alfiano no tenía gustos bélicos, pero sí muchísima trastienda, gran astucia y una vocación especial para los negocios. «No hay nada como el comercio — solía decir — y con mucha maña y pocos escrúpulos, se logra cuanto se

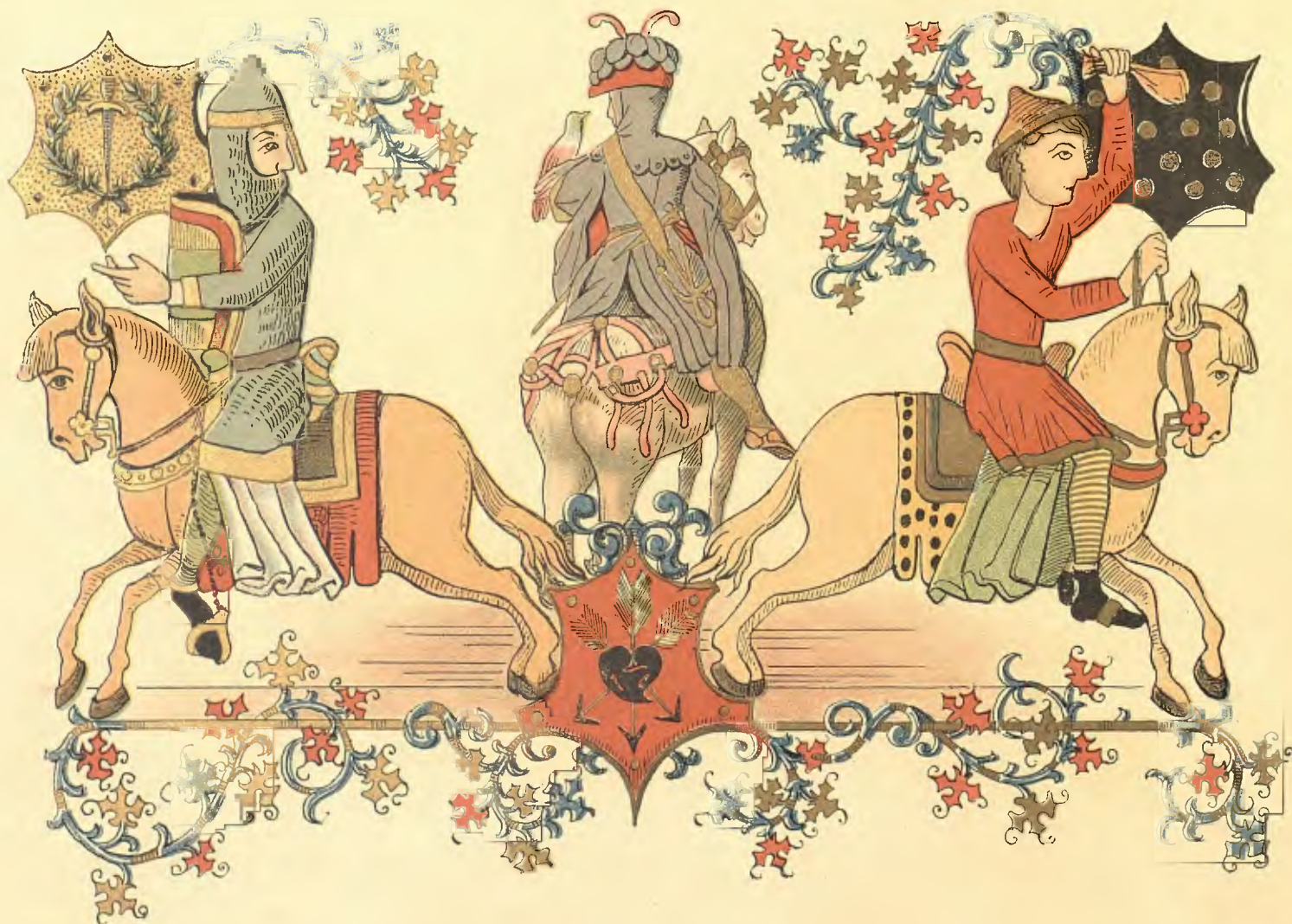
las bellezas más esquivas.

Volaron los días, pasaron las semanas, transcu-

quiere. Convencido de la verdad de este axioma, resolvió lanzarse al campo de la especulación, sin pararse en barras.

No se parecía en nada Lariso á sus hermanos: no tenía ni el temperamento batallador del uno, ni la inteligencia y astucia del otro. Sus inclinaciones no le habían llevado, hasta entonces, más que a la molicie y á la pereza, preocupándose solo del cuidado y adorno de su persona, que era, en verdad, seductora. No

le había gustado nunca el combatir; menos aún el trabajar; pero posera en cambio, á la perfección, el arte del enamoramiento y pintábase solo, para rendir la virtud de





rrieron los meses y llegó, por fin, el plazo fijado por el Rey. Rodeado este de su corte, que gracias á lo calamitoso de los tiempos, parecia mejor reunión de mendigos que de nobles señores, esperó que se presentaran sus hijos con la ansiedad natural de un padre amante y el afán, todavia mayor, de un hombre sin dinero y que aguarda que se lo traigan.

Compareció, el primero, Jalino, cubierto de riquísima armadura, atezado el fiero semblante por las intemperies, luciendo en la frente la cicatriz de un enorme chirlo. Inclínose, brusco, ante el Rey y con voz bronca, dijo:

— Padre y Señor: supongo que los clarines de la fama habrán regocijado vuestros oídos con el anuncio de mis altas empresas. Con mi espada y mi valor conquisté gloria y riquezas. Otro día y más despacio os referiré mis combates: ahora solo he de deciros que, además de las armas arrancadas á mis contrarios, pongo en vuestras manos esta caja de hierro, dentro

con cierta ironía — por su gran valor. Pero haré observar que, mientras él ha tenido que compartir el botín con sus guerreros, de cuanto yo gané comerciando, no he tenido que dar un doblón á nadie. También de mis atrevidas empresas mercantiles habla la fama, pero eso me importa poco. No he trabajado por la gloria, sino por el producto y á vuestras plantas, pongo, Padre y Señor, esta caja de plata, en la que encontraréis cien mil monedas de oro.

Mayor fué todavia el entusiasmo de los cortesanos, al escuchar las palabras de Alfiano y éste fué á situarse á la izquierda del trono, luego que su padre, hondamente conmovido, hubo abrazado. Y seguía aun el placentero murmullo, cuando avanzo hacia el regio sòlio, el hermoso Lariso, más seductor que nunca, maravillosamente vestido de preciosas telas, engarzadas de rubies, esmeraldas y topacios.

— Reciban mis hermanos el parabien que mi corazón y mi boca



de la que encontraréis cincuenta mil monedas de oro.

Estallaron grandes aplausos y el monarca abrazó á su primogénito, el cual se colocó á la derecha del trono. Apenas había cesado el palmoteo palaciego, se presentó Alfiano, modestamente vestido, pero con rostro satisfecho y sonriente.

— Coronas de laurel merece mi hermano — dijo

les envían — exclamó haciendo un graciosísimo saludo — Pero si alguien ha merecido el galardón que tu, Padre y Señor ofreciste á quien venciera, creo que ese soy yo. Puedo decir, sin vanidad, que desplegué en mi empresa mas valor que Jalino y más destreza que Alfiano. También ha sido mi resultado mayor y á tus plantas pongo esta caja de oro, en



la que encontrarás doscientas mil monedas de oro.

Tan suspensos quedaron los cortesanos, que ni acierto tuvieron para aplaudir y aclamar. Y el Rey poniéndose en pie, lleno de asombro, murmuró:

— Pero como pudiste, hijo mío...

Hizo una señal Lariso y aparecieron cuatro pajes lujosamente ataviados, en medio de los cuales venía una mujer envuelta en un espeso velo de tisú de oro.

Cojióla de la mano el príncipe, deslizose el velo hasta los pies de la dama y á los ojos de la estupefacta concurrencia, presentóse la más desdichada figura femenil que pueda imaginarse. Tenía el rostro picado, la nariz torcida, la boca desmesurada y con dientes amarillos; faltábale un ojo y en cambio le sobraba el promontorio que lucía sobre las espaldas.

— Es tan fea — ob-

servó el príncipe — que á pesar de ser hija del Rey de Samarkanda y de llevar una dote opulenta, no lograba encontrar esposo. Al presentarme en la corte de su padre, se enamoró de mí... y yo, sacrificándolo todo al deber filial y al bien del Estado, la di mi mano.

Llorando á lágrima viva estrechó el viejo monarca al joven príncipe entre sus brazos, diciéndole:

La hermosura y el amor serán siempre más poderosos que las iras del guerrero y que las astucias del comerciante. ¡Venciste, hijo mío! ¡tuya será la corona de Armenia!

Juan BUSCÓN







D. BAIXERAS.—ESTUDIO PARA « NOTICIAS DE LA GUERRA »





D. BAIXERAS.—NOTICIAS DE LA GUERRA





D. BAIXERAS.—ESTUDIO PARA « NOTICIAS DE LA GUERRA »



## LA ASTILLA DEL CRISTO

I

**E**l trece de Septiembre al obscurecer, el pobre Pachón iba ya acercándose á la inmensa cola de chicos y grandes que, á la fuerza, se disponían á tomar billete para el último viaje.

Tendido boca arriba, clavaba el enfermo sus ojos, preñados de tristeza, en una malísima fotografía colgada en la pared junto á la cama.

Reproducía la estampa aquella, con su negra encarnación, su lengua y lacia cabellera, sus rígidas extremidades y sus escurridas nagiúllas de terciopelo morado con cuatro anchos galones de oro horizontales; la vera y milagrosa efigie del Santísimo Cristo de Candás, hacia el cual, como Pachón en sus últimas, pescadores y aldeanos del Concejo de Carreño vuelven los ojos siempre que truena de tejas arriba ó de tejas abajo.

¡ Es mucho cuento ! Todo el mundo reniega de esta pícara vida, pero cuando se acerca la señora de la guadaña no hay uno solo que se deje segar de buen grado: por el contrario, se aferran á la existencia como lapa á la roca.

Pachón no tenía parientes ni otros amigos que su compadre Casielles, « más bruto que un arado » ( así dicen en Andalucía ), aldeano y padre de la gentil Benita.

De ésta, Dios sobre todo, me propongo hablar más despacio en otra ocasión, á fin de que sus singulares encantos lleguen á conocimiento de los que no tuvieron la fortuna de tratarla.

Allí estaba, á la cabecera de su padrino, limpiándole el sudor de la frente con amoroso tiento, humedeciendo los marchitos labios con una muñequilla mojada en agua de limón y prodigándole toda suerte de consuelos para el alma y para el cuerpo.

Pachón, dentro de la gravedad de su estado, parecía haber revivido después de recibir los últimos sacramentos; pero, según el médico, aquella crisis favorable duraría poco.

— ¿ No ha vuelto tu padre ? — preguntó el enfermo á su ahijada, quizás por la décima vez en el transcurso de media hora.

— Parece que llega en estos momentos, — respondió la joven dando un gran suspiro que podía traducirse « ¡ Gracias á Dios ! »





No bien asomó Casielles su cabezota por la puerta de la alcoba, el doliente, fijándose en el voluminoso lío que su compadre traía colgado del paraguas sobre el hombro, le dijo con tono de amargo reproche :

— ¡Así tardaste ! ¡ No parece sino que te dispones á pasar *El Puerto* según el equipaje que llevas ! En fin, no perdamos más tiempo, que ya la muerte abáfame (1). Benita, hija mía, salte para el corredor un momento.

Y como la joven, ni curiosa ni contrariada, no obstante su sexo, obedeciese inmediatamente, Pachón se incorporó con mucho trabajo y, cogiendo á Casielles la diestra, le dijo dulce y reposadamente :

— No para echártelo en cara, te recordaré lo que hice por ti, pagando con liberalidad servicios que me prestaste y legando, como lego, á Benita cuanto pertenéceme, con la obligación de que, soltera, casada ó viuda, te man-

tenga con mucho decoro. Si hablo de ello es porque el favor que puedes prestarme es tan grande que, aunque yo viviera más años que Matusalén, ni con lo que hice por vosotros hasta aquí, ni con cuanto hiciese, sumado, en lo sucesivo, llegaría á pagarte la mitad de la deuda.

— ¿Y de qué trátase? — preguntó Casielles secándose dos lagrimones con los nudillos.

— Ya te he dicho que siéntome morir...

— ¡ Hombre ! No tan...

— Sí: no me interrumpas; que si el tiempo es oro, como dicen los ingleses, en cualquier ocasión de la vida, cuando ésta se escapa á caños, es oro acuñado en libras esterlinas, que pasan en las cinco partes del mundo. Muérome á chorros, pero me resta una esperanza. Tú sabes mi gran devoción al Santísimo Cristo de Candás.

— Sélo, y por eso voy á pedirle por ti, subiendo de rodillas las escaleras del su camarín.

— No bastará, Casielles.

— Pues subirélas de... coronilla. ¿Qué quieres más?

— Quiero ... quiero ... — Aquí el enfermo bajó la voz cuanto pudo, y, haciendo un supremo esfuerzo, exclamó al fin :

— Quiero que me traigas una astilla de la Imagen.

— ¡ ¡ Una *astilla* del Santísimo Cristo ! ! — repitió Casielles con más terror que si le hubiesen pedido que arrancase el corazón á Benita.

## II

Sobre las negras aguas del Nalón, poco más abajo del peñasco desde donde se asoma, para mirarse en la corriente como en un espejo de azabache, el vetusto castillo de Priorio, solaz, amparo y refugio de los Obispos de Oviedo en los tiempos medios, se deslizaba una barca tripulada por un rapaz rubio como «lus respigus» (2).

Á falta de chachareras, avecillas que, en casi todas las provincias de España, á tales horas (al caer de la tar-

(1) *Abafar*. «Echar l'alientu ó la cara dalgún. Á los deus cuando se machaquen ó pónense frios.» — *Rato y Hevia*. Vocabulario de palabras y frases bables. Madrid, Ginés Hernández. 1891.

(2) *Respigu*, m. La flor que brota en lo alto del maíz y en el centro de las berzas, lechugas, etc. — V. *Espigu*, *Rato* y *Hevia*.





de) suelen hacer la cama en las arboledas que bordean los ríos, el muchacho, con voz fresquísima, entonaba la siguiente cantinela :

« Á rodear carreteros,  
ramos de laurel.  
Al son que el carro canta  
quisiera saber  
quién te ha dado esa cinta  
dorada, encarnada de amor,  
con cuatro alfileres  
y en medio una flor.  
¡Ay que viene una quinta  
y lleva á las niñas su amor!  
¡Ay! ¡Se lo lleva á todas!  
¡Adiós, corazón!  
¡Se lo lleva á todas!  
¡Adiós, niña, adiós! »

Sin parar mientes en las dulces lamentaciones del barquerillo, é insensible también á los halagos del paisaje y á las caricias de la brisa, Casielles, sentado en la popa del bote, con ayuda de la navaja iba reduciendo á la nada un gran zoquete de pan y un cuarterón de Cabrales muy habitado.

Mientras que el viajero engullía tan pastoriles y sanfismos manjares, su pensamiento tornó el vuelo querencioso hasta la Capital del Concejo de Carreño, y allí mariposeaba con alas de pavo.

Describió en primer término tres ó cuatro círculos en torno del histórico campo de Baragaña, al que Casielles pudo llegar á tiempo de ver encendida la *foguera* la víspera del Cristo. Cruzó después desde la explanada donde están las escuelas públicas hasta el *Cay* (3), por encima de la procesión que sale en la mañana del catorce, precedida del que quema los voladores y va rodeado de más *rapazucus* que de moscas un plato de almíbar.

Fué luego aleteando encima de todos y cada uno de los puestos de ablanes (4), de manzanas, de langostas cocidas y de aquellos muñecos en pasta pajiza imposible de analizar, y de arte caldeo asirio (palomas, Cristos, jarras y florecillos), para posarse al fin sobre el varal de un carro lleno de verdores y de botellas de sidra.

Al llegar á este punto, el compadre de Pachón sonrió acordándose de la *moña* (5) monumental que, mediante una verdadera jauría de *perrinas* (6), sacara del carro para encasquetársela hasta las orejas. En plata, que la borrachera de Casielles le llevó media vara, lo menos, á la del Patriarca Noé.

El buen aldeano, á la manera que el *memorialista* de la zarzuela, guardaba su miajita de ortografía para las ocasiones, era poseedor de cierto caudalillo de filosofía práctica que, no obstante sus cortas luces, aplicaba con tino.

Buscó, pues, en los pliegues de la memoria y se tropezó con esta máxima epicúrea, aplicable al caso como parche

de ungüento al uñero : « Al cuerpo hay que le dar lo que pide más que el alma se enrabie. »

Y, por ello, el pensamiento de Casielles, desde el varal del carro, tendió por último el vuelo rastrero de las gavio-tas, cuando pescan sardinas, hacia « la fuente de Saltarua, que fai á la xente aguda » al anochecer y tras de una de aquellas gentiles menestralas de Gijón de las que cuentan las malas lenguas que vienen á Candás el 14 de Septiembre « á ganar pa el refaxo. »

Casielles, relamiéndose, pareció *remocicar*... (7) pero, súbitamente, como si sintiera en la nuca la maza del carnicero que abate la res, abrió los ojos y la boca de par en par, dió un grito, dejó caer la navaja, que fué á clavarse en el fondo de la barca, temblando á manera de dardo que da en el blanco, y rompió por fin á llorar como lloraría un elefante en leche.

¡ ¡ Con las glorias... y de tanto pensar en ello, se había olvidado por completo de la astilla del Cristo; de los ruegos é instrucciones de Benita sobre el modo y manera de procurarse la reliquia; de la salvación, en fin, de su querido compadre !!

### III

Cuando, de vuelta de Candás, volvió á entrar Casielles en la alcoba de Pachón, tenía ya éste quebrado el cristal de las pupilas, el aliento suspiroso, sudores fríos inundaban su escuálido cuerpo de pies á cabeza, y con las manos, manojos de sarmientos, inciertas y temblonas, se afanaba por estirar el embozo de la cama.

Ver Benita á su padre, preguntarle rápidamente « ¿ La traes? » y gritar á Pachón con voz llena de caricias, mientras hacía por incorporarle, fué todo uno :

— ¡ Padrino, padrino mío! ¡ Aquí está su compadre con la astilla del Cristo! ¡ Mírela, mírela!

Y, no de otra suerte que la mies, revolcada en el fango por la tormenta primaveral, á los halagos del sol, cuando pasa aquella, va irguiéndose poquito á poco hoja por hoja, tallo por tallo, hasta recobrar gran parte de su esbeltez y lozanía; al moribundo, cuya faz cadavérica se iluminó á las voces de la joven, se le fué aclarando la vista y serenándosele el aliento, y dejó de sudar, y pudo al fin incorporarse, y, con manos inciertas y temblonas, se apoderó afanoso de la astilla y, cubriéndola de besos balbucientes, rompió á llorar.

¡ Se había salvado !

### IV

— ¿ Cómo te las compusiste, padre, para alcanzar la reliquia? ¿ El sacristán del Cristo cedió á tus ruegos y ofrecimientos? ¿ Pudiste burlar la vigilancia y cortar la astilla? — preguntaba Benita á su padre una hora después del milagro y mientras Pachón dormía tranquilamente. — Respóndeme, padre. Pareces dormido. ¿ Qué te pasa?

— Pásame... pásame... Vuy á decírtelo, Benita mía: olvidéme de la astilla...

— ¿ Cómo?

— Sí, hija: *esa* que truje ye de la barca de Priorio: ccr-

(3) *Cay*, m. Muralla, defensa contra el mar, muelle. Rato y Hevia.

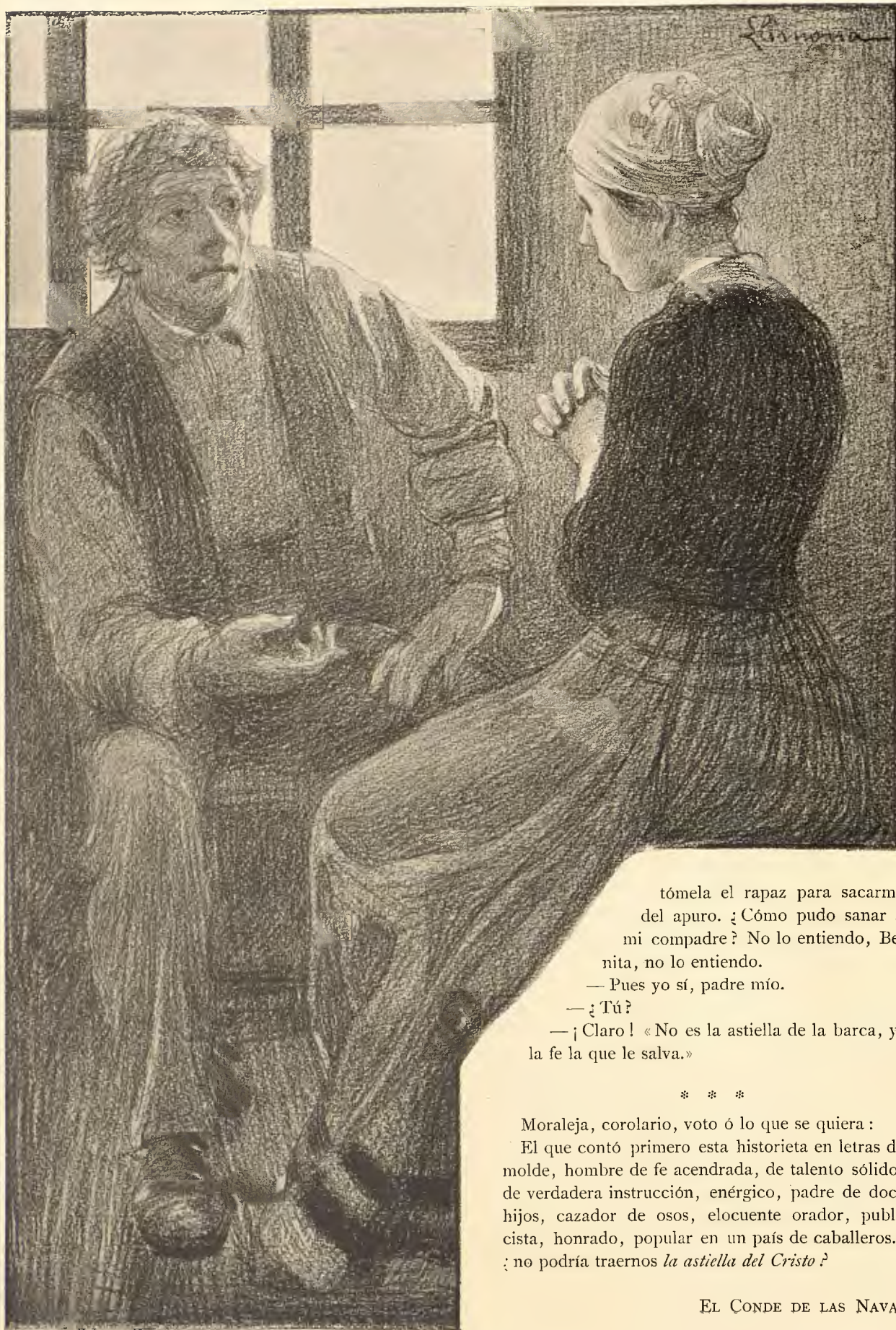
(4) *Ablanes*, f. Avellanas. Rato y Hevia.

(5) *Borrachera*. Término muy familiar en Asturias.

(6) *Perra chica*. Moneda de cinco céntimos.

(7) *Rejuvenecer*. «Siluetas ovetenses», pág. 42.





tómela el rapaz para sacarme del apuro. ¿Cómo pudo sanar á mi compadre? No lo entiendo, Benita, no lo entiendo.

— Pues yo sí, padre mío.

— ¿Tú?

— ¡Claro! «No es la astiella de la barca, ye la fe la que le salva.»

\* \* \*

Moraleja, corolario, voto ó lo que se quiera :

El que contó primero esta historieta en letras de molde, hombre de fe acendrada, de talento sólido, de verdadera instrucción, enérgico, padre de doce hijos, cazador de osos, elocuente orador, publicista, honrado, popular en un país de caballeros... ¿no podría traernos *la astiella del Cristo*?

EL CONDE DE LAS NAVAS





En la Junta General celebrada por esta Sociedad el día 30 del pasado Noviembre se dió lectura de la siguiente comunicación :

» En cumplimiento de lo expuesto en su atenta comunicación referente á los azulejos de cartón piedra remitidos por la casa Miralles, de Barcelona, he procedido á su examen.

» Consiste este producto en unas placas compuestas de tres clases de cartones heterogéneos, íntimamente unidos entre sí por medio de una fuerte presión hidráulica, á fin de evitar el alabeo, que pudiera producirse por efecto de las temperaturas elevadas. Están barnizados en el frente, dorso y cantos, lo cual los hace relativamente impermeables.

» Son ligeros, inrompibles y de fácil colocación. Ésta se obtiene, según se detalla en el álbum-catálogo correspondiente y cuyo sistema ha comprobado el que suscribe, por un ligero enlistonado de madera y una serie de clavos de reducidas dimensiones; debiendo barnizarse después el conjunto con una capa de barniz bueno.

» Las condiciones artísticas de estos azulejos como elemento de ornato son excelentes, puesto que tratan de sustituir, dentro de los límites propios de su naturaleza, á las verdaderas cerámicas esmaltadas.

» No es posible sostener hoy, como en otros tiempos, que la ornamentación cerámica sea genuinamente española.

» En efecto, sin remontarse á las placas esmaltadas del interior de la pirámide de Saq-quarala ó al magnífico friso de los arqueros del palacio de Dario, pieza maestra del Salón persa del Museo del Louvre; dando de lado por su vaguedad las fabricaciones del Cairo en el siglo XI que cita el viajero Nassiri-Khosran, las persas del XII mencionadas por Ya-Kont, y las indicaciones del monje Theófilo sobre las artes cerámicas de Occidente en la misma época, vemos que los mahometanos dominan esta fabricación en todos los países donde ponen su planta ó su arte, persa en Rodas, árabe en Sicilia, mauritano en España; y que ya en las centurias décima quinta y sexta ilustran la Italia las manufacturas de Faenza, Caffagiolo, Florencia y Urbino, con los Xantos y los Fontanas; y la Francia los de Viron y Saintes, con Cherpanzier y Palissy.

» Pero si la ornamentación de esta rama de las artes del fuego puede considerarse como general, no es menos cierto que en España adquiere importancia grandísima con la enseñanza mahometana. Ya en 1350 se cita por el geógrafo árabe Zbu-Batutall la ciudad de Málaga como centro de enorme fabricación y exportación, y bien apreciados de los arqueólogos modernos son los alicatados granadinos y sevillanos, el célebre vaso de la Alhambra, las cerámicas con reflejos metálicos de Valencia y Mallorca y, ya en pleno siglo de Carlos V, las fábricas de Puente del Arzobispo, de influencias asiáticas, así como las de Triana, en las que el italiano Nicolaso marcó el gusto del Renacimiento de su país; continuando la tradición ceramista española en Talavera y Alcora, más castiza aquélla que ésta, que se dejó influir por los artistas que el Conde de Aranda hizo venir de Monstiers.

» Es, por tanto, digno de los mayores plácemes todo esfuerzo hecho por la industria española para resucitar tan bello sistema de ornamentación. Pero, siendo la verdadera cerámica producto de gran coste, es de alabar la casa de Miralles, que, partiendo del principio de la exigida baratura del producto industrial que domina la época presente, ha ideado un elemento de ornato de hermoso efecto, gran duración (siempre que se emplee en lugares propios, ó sea en interiores) y acertados modelos.

» La colección de éstos comprende imitaciones escogidas de los alicatados granadinos, de los azulejos mudéjares en ellos inspirados, de los revestimientos persas, de las placas medioevales coloridas y con reflejos metálicos, y de las cerámicas ornamentales del Renacimiento, sin olvidar algunos dibujos modernos y la asimilación de reconocidos y apreciados modelos de la casa Minton.

» Por todas estas consideraciones, esta Sección Artística estima que el producto llamado "Azulejos cartón piedra" de la casa Miralles, de Barcelona, reúne excelentes condiciones de aplicación y es altamente recomendable.

» Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.—Madrid 29 Noviembre de 1898.—*El Presidente de la Sección Artística*, EDUARDO de ADARO.—*Ilustre Excmo. Sr. Presidente de la Sociedad Central de Arquitectos.*»

Lo que, en cumplimiento del acuerdo tomado, tengo la satisfacción de comunicarle para su conocimiento y fines consiguientes y para que pueda utilizar el informe cuando lo estime necesario.

Madrid 10 de Diciembre de 1898

*El Secretario General,*  
(Rubricado)

Luis M.<sup>a</sup> Cabello y Lapiedra, *Arquitecto*



# ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal.

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Maníla

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

**Hermenegildo Miralles, Editor**

59, Calle de Bailén, 70

• BARCELONA •

